

Con el Trasero al Viento

Alfredo Acle Tomasini©

Tápate los ojos- le dijo la señora a su hija – que ahí en el Ángel de la Independencia, hay unos hombres semidesnudos con los calzones abajo. ¿Por qué los dejan?- preguntó con candidez la niña, que divertida y curiosa veía entre sus dedos la anatomía expuesta de esos cuerpos morenos. No lo se hija; No se cómo pueden atreverse. Qué no tienen dignidad- les grito desde su larga camioneta a esos impávidos manifestantes. Quienes sólo pudieron responderle- ya ni para eso nos alcanza, vieja jija de la.....

Así, nos ocurre a los capitalinos, que atribulados por la urbe interminable y agobiados por nuestro trajín cotidiano, quisiéramos que nada nos impidiera nuestro camino. Vemos a maestros y campesinos manifestarse, y tomar posesión de espacios lejanos a sus orígenes, pero vitales para nosotros. Su protesta nos perjudica. Nos irrita. La descalificamos.

Son acarreados, es nuestra primera reacción. Quién les da dinero para qué vengan; quién los mantiene durante sus plantones- preguntamos. Y, al amparo de esa lógica, nos quitamos de enfrente hechos que tienen mayor profundidad que un simple incidente de tránsito, y sobre los que deberíamos reflexionar, porque es factible que, a la larga, su trascendencia en la vida del país no se limite, a una cuestión de vialidad, sino al de nuestra viabilidad como nación.

Cualquier conflicto social, es susceptible de convertirse en moneda de cambio para fines políticos. Más aún, detrás las manifestaciones de los grupos que vienen a la ciudad en busca de una respuesta a sus demandas, es muy probable que haya gentes que desean lucrar con esas necesidades insatisfechas. Pero esta actitud oportunista, no elimina la raíz del problema y, menos aún, nuestra responsabilidad para entenderlo.

Si este año la economía logra crecer al 2%, esto significará que el Producto Interno Bruto por habitante del 2003 será prácticamente igual al de 1999. No requerimos de estudios en economía, para llegar a la conclusión de que estamos estancados. Y, si además consideramos, que ese dato es un promedio, tendremos que aceptar, que los ingresos de un amplio segmento de la población debieron haber decrecido durante ese lapso, lo que dicho de una manera más clara se llama hambre.

Es curioso, que pese a estos resultados, insistamos en que la economía no está en crisis, y que menos aún atraviesa por una recesión. Y esto es, porque seguimos empecinados en evaluar su comportamiento a partir de los medios – la variables macroeconómicas -, y no con base en su resultado final: el bienestar de la población. Éste, es el momento de la verdad de cualquier gestión de gobierno y de cualquier política económica.

Pero en México, hemos solidó considerar al bienestar de la población como una cuestión residual, y no primaria al momento de diseñar, implantar y evaluar la conducción del país. Basta ver el contraste entre nuestro entusiasmo por pregonar que somos la novena economía del mundo – lo que es un mérito relativo si consideramos que es una dimensión

asociada al tamaño de país -, y cómo, en voz baja, apenas mencionamos, que con base en el Índice de Desarrollo Humano, ocupamos el lugar 54, debajo incluso de varios países de la región, a los arrogadamente vemos como hermanos menores.

Pero el problema no se limita a una cuestión de injusticia social al momento de distribuir los costos y beneficios de la marcha del país, sino que estamos ignorando que el hombre es el principio y fin del progreso, por el simple hecho de que es la única fuente de creación de valor. Por ello, resulta absurdo que nos propongamos competir, cuando al mismo tiempo descuidamos a nuestro principal recurso. Nunca será la miseria fuente de competitividad, y si en cambio lo será de inestabilidad.

Hay algo en lo que estamos fallando. Pero no nos engañemos; no es la economía americana y tampoco es la falta de acuerdo sobre las reformas eléctrica, fiscal y laboral. Aceptemos que dejarnos llevar por el oleaje de la economía de mercado, sin tener un proyecto que nos permitiera definir un rumbo, nos ha colocado en una posición trágica: dependemos más de lo que los extranjeros quieran hacer en el país, de lo que nosotros hagamos en él.

Éstos no puede ser los límites de nuestro presente, y menos la base de nuestro porvenir. Hace falta un proyecto de nación, que se refrende en un acuerdo nacional. Hace falta que recuperemos la dignidad, y nos atrevamos a ser nosotros- originales, independientes -, a riesgo de seguir: con el trasero al viento.